

Kinetoscopio. El Chino*

Lo expulsaron de la Municipal por incorregible y era, además, un prodigio de precocidad; declaraba plazuela el salón de estudio y enseñaba rudos manejos a los menores; esto no se le dio un bledo, y lo que las aulas desechan el potrero recoge, y helo ahí en compañía de otros desertores de la misma laya, echándose sus volados por San Lázaro, pasándose los días en el columpio y siendo un invencible en el juego de canicas; cuando surge una disputa se arma de piedras y carga, para las grandes ocasiones, una charrasca entre los dobleces del fajo; no llega a los 15 y ya tiene un chirlo y dos descalabraduras; se para como los muy hombres, rascándose el ceñidor, echándose el sombrero para la coronilla y escupiendo por el colmillo. Es listo para los quites, pero una maravilla para las fugas cuando el gendarme del punto, un enfermo de várice, entre toses y sofocones trota hacia la zanja seca, donde yace un muchacho sin sentido y echando sangre por boca y nariz. Conocen al héroe en toda la demarcación; comienza a hacerse de fama porque es muy templado, insolente con los gendarmes, tramposo con los de la tienda, insaciable en la pulquería, provocativo y alburero con cuantos se presentan e irrespetuoso con su señora madre, a quien dice ternos de tiembla y cállate. Antes de los 15 años es el amigo íntimo de un sargento sin narices y de

* Ángel de Campo, *Micrós*, "Kinetoscopio. El Chino", *El Universal*, 2ª época, t. XIII, núm. 13 (21 de enero de 1896): 1.

cocheros de medianoche, camela a las domésticas y es el amasio oficial de la Garrapata, una hembra diabólica con seis entradas en Belén, dos en el hospital, cuatro consignaciones por ebria escandalosa, sospechas de robo y pruebas confirmadas de haber desarmado a un gendarme y arrancado los cordones a otro; esta joya de plazuela, terror de hombres y espanto de mujeres, cayó ante el famoso Chino porque fue el que la golpeó más recio para solicitarla en amores.

El Chino se ríe cuando ella se pone celosa después de libar con abundancia y le promete a la primera cortarle la cara; pero el Chino, que es el mismo diablo, se pierde siempre que puede con quien le conviene, es el tenorio lépero de su rumbo, las de pie en el suelo no lo resisten, saben que las patea y eso es un alto timbre para las conquistas.

En dos cuadras a la redonda, hace su malvada voluntad; lo conocen y por ello le tienen miedo los gendarmes y evitan aprehenderlo, rompe copas en La Numancia y no se las cobran, oferta frituras a sus amigos cuyo importe no satisface, y la de la cenaduría se conforma; tira su chiquihuite de tortillas a Doloritas la del Baño, y Doloritas no dice esta boca es mía; más de una vez ha hecho funda de gente a su chaveta, y los heridos no lo han denunciado porque dicen: más vale sumirse a que nos rematen. Y mañana, cuando en un acceso brutal acribille a puñaladas por la espalda a la Garrapata, cuando con gran escándalo y movimiento de linternas lo atajen porque irá herido, agredirá

a la policía, llegará a Belén, negará hechos y lo llevarán a fusilar, y el Chino se presentará con su sombrero galoneado, su jorongo vistoso y su puro; señalará el pecho para que le apunten y caerá sin haber parpadeado.

El peladaje ama a ese personaje monstruoso, goza con sus altanerías y sus perjuicios, aplaude sus puñaladas, tiembla con sus amenazas, ríe de sus abusos de sátiro y le compondrán su canción para vihuela cuando lo maten; y uno que sepa leer, leerá su jurado en no importa qué reportazgo, esa efímera biografía de los que no han visto la suya sino en los libros de la inspección y de la alcaldía, y no será remoto que lloren dos comadres, y una devota prenda su cera por el descanso de un alma que no tuvo.

Micrós